Tomo XV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 22

San José, Costa Rica 1927 Sábado 10 de Diciembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Alfonso Reyes

Al fin, el público se convence de que Alfonso Reyes ante todo es poeta. Como poeta empiezan a nombrarlo las noticias casuales: buena señal. Buena, y tranquilizadora, para quienes largo tiempo defendimos entre alarmas la tesis en cuyo sostén el poeta nos dejaba, voluntariamente, inermes.

Cuando Alfonso Reyes surgió, hace veinte años, en adolescencia precoz, luminosa y explosiva, se le aclamó poeta en generosos y fervorosos cenáculos juveniles. Estaba lleno del impulso lírico, y sus versos, al saltar de sus labios con temblor de flechas, iban a clavarse en la memoria de los ávidos oyentes:

La imperativa sencillez del canto...
Aquel país de las cigarras de oro
en donde son de mármol las montañas...
¡Amo la vida por la vida!...
A mí, que donde piso siento la voz del suelo,
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?

Aquel momento feliz para la juventud mejicana—el momento de la revista *Savia Moderna*, de la Sociedad de Conferencias,—pasó pronto. Con más brío, con mayor solidez, vendría el Ateneo (1909); la edad de ensueño y de inconsciencia había terminado: el Ateneo vivió entre luchas, y fué, en el orden de la inteligencia pura, el preludio de la gigantesca transformación que se iniciaba en Méjico. La Revolución iba a llamar a todas las puertas y marcar en la frente a todos los hombres: Alfonso Reyes, uno de los primeros, vió su hogar patricio, en la cima de la montaña, desmantelado por el huracán que nacía:

¡Ay casa mía grande, casa única!

El poeta ocultó su canción ante la tormenta. Canción es autobiografía; la suya iba toda en símbolo y cifra, y todavía tuvo empeño en esconderla. Después el guardarla se hizo hábito. Era

cancioncita sorda, triste...
canción de esclava que sabe
a fruto de prohibición...

Toda en símbolo y cifra; rica en imágenes complejas, en figuras sutiles; con hermetismos de estirpe rancia o de invención novísima; pero transparente para la atención afectuosa. Canción cargada de resonancias sentimentales: mientras los ojos se van tras los iris de la cascada lírica, el oído reconstruye, con las resonancias, la historia íntima, historia de alma intensa en la emoción y en la pasión. Y así, en la *Fantasía del viaje*, el asombro de los espectáculos nuevos ("¡he visto el mar!") se funde con la tragedia de la casa paterna, del paisaje nativo que se ha quedado atrás, con sus fraguas de metal y sus campos polvorientos. Principia la odisea: bajo la máscara homérica suena el lamento de la despedida, la *Elegía de Itaca*:

¡Itaca y mis recuerdos, ay amigos, adiós!

Y el hombre que prueba el sabor salado del pan ajeno hace su camino entre ímpetus y desfallecimientos. Cayendo y levantando, acaba por confiarse a la vida:

Remo en borrasca,
ala en huracán:
la misma furia que me azota
es la que me sostendrá.

Se hace dura la vida; pero en mitad de las tormentas sobrevienen días puros, días alcióneos, de cielo diáfano, de aire tibio, sin el rumor ni el ardor de la primavera:

Si a nuevas fiestas amanezco ahora
otras recuerdo con un llanto súbito...



Visto por Eduardo Alvarez

(De *Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Recordamos en este momento el epigrama que apareció en *Martín Fierro*, dedicado a Alfonso Reyes, que se atribuye a Samuel Glusberg:

México que está en su ley
Dice a la España sin leyes:
En vez de un Alfonso Rey
Precisas Alfonso Reyes.

Las lámparas del hogar nuevo, encendidas trabajosamente en tierra extraña, son por fin señales de paz, a cuya luz se descubre en la valerosa compañera la "vibración de plata —hebra purísima— de la primera cana" y se saborea la "voz del niño envuelta en aire" y el "claro beso impersonal" del hijo a los padres.

Después la vida le devuelve parte de los dones hurtados y le cumple triunfos prometidos; la resucitada juventud recobra la voz, ahora con resonancias nuevas: sobre las notas cálidas, de pecho de ave, domina el timbre métalico de la ironía, óxido de los años. Pero es ironía sin hieles, que persigue guiños y fantasías de las cosas en vez de flaquezas humanas; cabriola de ideas, danza del ingenio. Los ojos se regalan fiestas y viajes: las ciudades, reducidas a síntesis cubistas, desfilan en procesiones irreales; como a todo viajero de mirar intenso, se le encogen en signos mágicos, con que se evoca el espíritu del lugar.

***

Con los años, todo poeta lírico, cargado de vida contradictoria, de emociones complejas, tiende a poeta dramático. En Alfonso Reyes el drama ha llegado: su obra central, donde ha resumido la esencia de su vida y de su arte, es su poema trágico, *Ifigenia cruel*.

En el instante que atravesamos, Grecia ha entrado en penumbra: no sabemos si para eclipse pasajero o para sombra definitiva. Excepciones ilustres (¡Paul Valéry!), las hay, y son raras. Pero en los tiempos en que descubríamos el mundo Alfonso Reyes y sus amigos, Grecia estaba en apogeo: ¡nunca brilló mejor! Enterrada la Grecia de todos los clásicismos, hasta la de los parnasianos, había surgido otra, la Hélade agonista, la Grecia que combatía y se esforzaba buscando la serenidad que nunca poseyó, inventando utopías, dando realidad en las obras del espíritu al sueño de perfección que en su embronaria vida resultaba imposible. Soplaba todavía el viento tempestuoso de Nietzsche, henchido del duelo entre el espíritu apolíneo y el dionisíaco; en Alemania, la erudición prolífica se oreaba con las ingeniosas hipótesis de Wilamowitz; en los pueblos de lengua inglesa, el público se electrizaba con el sagrado temblor y el irresistible oleaje coral de las tragedias, en las extraordinarias versiones de Gilbert Murray, mientras Jane Harrison rejuvenecía con aceite de "evolución creadora" las viejas máquinas del mito y del rito; en Francia, mientras Víctor Bérard reconstruía con investigaciones pintorescas el mundo de la *Odisea*, Charles Maurras, peregrino apasionado, perseguía la transmigración de Atenas en Florencia.

De aquella Helade viviente nos nutrimos. ¡Cuántas veces, después, hemos evocado nuestras lecturas de Platón; aquella lectura del *Banquete*, en el taller de arquitectura de Jesús Acevedo! Aquel alimento vivo se convertiría en sangre nuestra; y el mito de Dionisos, el de Prometeo, la leyenda de la casa de Argos, nos servirían para verter en ellos concepciones nuestras.

La *Ifigenia cruel* está tejida, como las canciones, con hilos de historia íntima. El cañamazo es la leyenda de Ifigenia en Táuride, salvada del sacrificio propiciatorio en favor de la guerra de Troya y consagrada como sacerdotisa de la Artemis feral entre los bárbaros. En la obra de Alfonso Reyes, la doncella trágica ha perdido la memoria de su vida anterior. Cuando Orestes llega en su busca, ella rehusa acompañarlo, contrariando la tradición recogida por Eurípides. Orestes espoleado por las urgencias rituales de su expiación, que es la expiación de toda su raza, se lleva la estatua de Artemis. Ifigenia se queda en la tierra extraña. En la concepción primitiva de Alfonso Reyes, Ifigenia se ponía a labrar un ídolo nuevo, una nueva Artemis, para sustituir la que le arrancan Orestes y Pílades. En la versión definitiva de la tragedia le basta aferrarse a la nueva patria.

Quien sepa de la vida de Alfonso Reyes sentirá el acento personal de su *Ifigenia cruel*:

Ando recelosa de mi,
acechando el golpe de mis plantas,
por si adivino adónde voy...

Es que reclamo mi embriaguez,
mi patrimonio de alegría y dolor mortales.
¡Me son extrañas tantas fiestas humanas
que recorréis vosotras con el mirar del alma!...

Hay quien perdió sus recuerdos
y se ha consolado ya...

Y cambia el sueño de los ojos
por el sueño de su corazón...

***

Alfonso Reyes se estrenó poeta, pero desde sus comienzos se le veía desbordarse hacia la prosa: su cultura rebasaba las márgenes de la que en nuestra infantil América creemos suficiente para los poetas; su inteligencia se desparramaba en observaciones y conceptos agudos, si no estorbosos al menos inútiles para la poesía pura.

Su cultura era, en parte, fruto de la severa disciplina de la antigua e ilustre Escuela Preparatoria de Méjico; en parte, reacción contra ella. Ser "preparatoriano", en el Méjico anterior a 1910, fué blasón comparable al de ser "normalien" en Francia. Privilegio de pocos fué aquella enseñanza, y quizá por eso escaso bien para el país; a quienes alcanzó les dió fundamentos de solidez mental insuperable. De acuerdo con la tradición positivista, la escala de las ciencias ocupaba el centro de aquella construcción; hombres de recia contextura mental, discípulos de Barreda el fundador, vigilaban y dirigían el gradual y riguroso ascenso del estudiante por aquella escala. A la mayoría, el paso a través de aquellas aulas los impregnó de positivismo para siempre. Pero Alfonso Reyes fué uno de los rebeldes: aceptó íntegramente, alegremente, toda la ciencia y toda su disciplina; rechazó la filosofía imperante y se echó a buscar, en la rosa de los vientos, hacia dónde soplaba el espíritu. Cuando se alejó de su alma máter, en 1907, bullían los gérmenes de revolución doctrinal entre la juventud apasionada de filosofía. Tres, cuatro años más y el positivismo redesvanece en Méjico, cuando en la política se desvanece el antiguo régimen.

En la obra de Alfonso Reyes la influencia de su escuela se siente en el aplomo, en la plenitud de cimentación. Al principio se extendía a más, aún contrariando su deseo: todavía en *El Suicida*, libro de 1917, junto a páginas de fina originalidad hay páginas de "preparatoriano", con resabios de la escolástica peculiar de aquel positivismo.

Fuera de su escuela, olvidadiza o parca para las humanidades, hubo de buscar también sus orientaciones literarias. Lector voraz, pero certero, sin errores de elección; impetuoso que no se niega a sus impul-

sos pero les busca el cauce mejor, su preocupación fué no saber nada a medias. Hizo— hicimos— largas excursiones a través de la lengua y la literatura españolas. Las excursiones tenían la excitación peligrosa de las cacerías prohibidas: en América, la interpretación de toda tradición española estaba bajo la vigilancia de espíritus académicos, apostados en su siglo XVIII (¡reglas!, ¡géneros!, escuelas!); y la juventud huía de la España antigua, creyendo inútil el intento de revisar valores o significados. De aquellas excursiones nacieron los primeros trabajos de Alfonso Reyes sobre Góngora, explicándolo por el impulso lírico que en él tendía "a fundir colores y ritmos en una manifestación superior", y sobre Diego de San Pedro, definiendo su *Cárcel de amor*, como novela perfecta en la elección del "foco", al colocarse el autor dentro de la obra, pero sólo como espectador. Y de los temas españoles se extendió a los mejicanos en uno de sus estudios, inconcluso y ahora sepulto entre los folletos inaccesibles. *El paisaje en la poesía mejicana* apuntó observaciones preciosas sobre las relaciones entre la literatura y el ambiente físico en América.

De aquellas excursiones pudo pasar, en 1913, a desempeñar la primera cátedra de filología española que se dictó en Méjico, en aquella quijotesca jornada en que creamos, sin ayuda oficial, los cursos superiores de humanidades en la Universidad; pudo pasar, en Madrid, a ser uno de los obreros de taller en el Centro de Estudios Históricos y la Revista de Filología Española, bajo la mano sabia, firme y bondadosa de Menéndez Pidal, junto al estímulo cordial y la ejemplar disciplina de Américo Castro y Navarro Tomás.

Se puso íntegro en esas labores: entre 1915 y 1920 va dando sus estudios y ediciones del Arcipreste, de Lope, de Alarcón, de Calderón, de Góngora, de Quevedo, de Gracián, su versión del *Cantar de Mío Cid* en prosa moderna. Y de él, de esos trabajos, proviene una porción interesante de las nociones con que se ha renovado en nuestros días la interpretación de la literatura española: desde el medieval empleo cómico del yo en el Arcipreste hasta el significado del teatro de Alarcón, como "mesurada protesta contra Lope".

En aquellos años de Madrid no sólo las investigaciones del pasado literario lo absorbían: sobre la montaña obscura y honrada de las papeletas se alzaba todavía la página semanal de *El Sol*, con disquisiciones sobre historia (de allí ha podido entresacar el ingenioso volumen de *Retratos reales e imaginarios*); se alzaba, por fin, la arboleda de las traducciones—Sterne, Chesterton, Stevenson:—los editores de Madrid vivían el período más febril de su furia de lanzar libros extranjeros.

Alfonso Reyes se puso íntegro en sus labores porque no sabe ponerse de otro modo en nada; pero suspiraba por la pluma libre, para la cual le quedaban ratos breves. El trabajo del investigador, del erudito, del filólogo, aprisiona y devora; en sus cartas— cartas opulentas, desbordantes—se quejaba él de la tiranía creciente de la "pantufla filológica". Habría podido agregar, como Henri Franck en parejo trance: "¡pero danzo en pantuflas!"

Y de sus danzas furtivas, en ratos robados, salían los versos, los cuentos, los ensayos, las notas mínimas y agudas. Con ellos, sumándolos a escritos anteriores de Méjico o de París, van saliendo los libros libres: *Cartones de Madrid*, *El suicida*, *Visión de Anáhuac*, *El plano oblicuo*, *El cazador*. Después, en años de libertad, vienen los tomos de versos y la *Ifigenia*, el *Calendario*, las cinco series de *Simpatías y diferencias*.

***

En Alfonso Reyes el escritor de la pluma libre es de tipo desusado en nuestro idioma. Buscando definirlo, clasificarlo (¡vieja manía!), se le llama "ensayista". Y se parece, en verdad, a ensayistas ingleses: no a la grave familia, filosófica y moralista, de los siglos XVII y XVIII, ni a la familia de polemistas y críticos del XIX, sino a la de los ensayistas libres del período romántico, como Lamb y Hazlitt. La literatura inglesa lo familiarizó temprano con esas vías de libertad. Pero su libertad no viene sólo del ejemplo inglés: es más amplia. Tuvo él la singular fortuna de convivir, desde la adolescencia, con espíritus abiertos a toda novedad, para quienes todo camino merecía los honores de la prueba, toda fantasía los honores de la realización. Pudo, entre tales amigos, concebir, escribir, discutir la más imprevista literatura; adquirió, así, después de vencer la pesada herencia del "párrafo largo", soltura extraordinaria: Antonio Caso, uno de los amigos, la definía como el poder de dar forma literaria a toda especie de "ocurrencias". Sus ensayos convertían en certidumbre el dicho paradójico de Goethe: "La literatura es la sombra de la buena conversación". Concepto nuevo, atisbo psicológico, observación de las cosas, comparación inesperada, invención fantástica, todo cabía y hallaba expresión, cuajaba en estilo ágil, audaz, de toques rápidos y luminosos.

En las más antiguas de sus páginas libres, junto a la fácil maestría de la expresión se siente aún el peso de las reminiscencias: es natural en el hombre joven completar la vida con los libros. Entre sus cuentos y diálogos de *El plano oblicuo* los hay, como el episodio de Aquiles y Elena, cargados de literatura—de la mejor;—pero hay también creaciones rotundas y nuevas, como *La cena*, donde los personajes se mueven como fuera de todo plano de gravitación; hay fondos espaciosos de vida y rasgos de ternura rápida, entre piruetas de ingenio, en *Estrella de Oriente*, en las memorias del alemán comerciante y filólogo. ¡Lástima que el cuentista no haya perseverado en Alfonso Reyes!

El hombre de imaginación, de sentidos ávidos y finos, nos ha dado al menos la *Visión de Anáhuac*, "poema de colores y de hombres, de monumentos extraños y de riquezas amontonadas", dice Valéry Larbaud, colorida reconstrucción del espectáculo del Méjico azteca, centro de la civilización esparcida en aquella majestuosa altiplanicie, "la región más transparente del aire"; el observador nos ha dado los *Cartones de Madrid*, apuntes sobre el espectáculo renovadamente goyesco de la Capital española, centro de la altiplanicie castellana, desnuda enérgica, erizada en picos y filos. Aquellas dos altiplanicies, semejantes para la mirada superficial, opuestas en su esencia profunda, preocupan al escritor: en ellas están las raíces de la enigmática vida espiritual de su patria.

Porque en Alfonso Reyes todo es problema o puede serlo. Su inteligencia es dialéctica: le gusta volver del revés las ideas para descubrir si en el tejido hay engaño, le gusta cambiar de foco o de punto de vista para comprobar relatividades. Antes perseguía relaciones sutiles, rarezas insospechadas: ahora, convencido de que las cosas cotidianas están henchidas de complejidad, se contenta con señalar las antinomias invencibles con que tropezamos cada minuto. "Antes coleccio-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación.
Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. García Monge
Apartado Letra X
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega .... ₡ 0.50
El tomo (24 entregas) 12.00
El año, para el exterior: 2 tomos de 24 entregas cada uno .... $ 6.00 oro am.

AVISOS:
La pulgada cuadrada: 20 cts. oro la inserción.
En el contrato semestral de Avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

naba sonrisas: ahora colecciono miradas".

Pero la convicción de que el Universo es antinómico no lo lleva a ninguna forma radical de pesimismo; el fatalismo de su pueblo no hace presa en él: nunca será fatalista, sino agonista, luchador. Como artista sabe que las antinomias del universo se resuelven, para el sentido espectacular, en armonías, y una mañana de luz, después de una noche de lluvia, nos da la fe, siquiera momentánea, en el equilibrio esencial de las cosas: "la inmarcesible faz del mundo brilla como en el primer día". Y sabe que, en la creación artística, el impulso lírico impone ritmos a la discordancia.

Concibe el impulso lírico—su teoría juvenil, que largamente discutimos, pero que nunca recibió forma final—como forma de la energía ascendente de la vida. Conoce, siente los valores del impulso vital, de la intuición, del instinto. Pero no se confía solamente a ellos: sabe que pueden flaquear, traicionar.

Cuando, en oposición al positivismo, cundieron las triunfantes filosofías de la intuición, empeñadas en reducir la inteligencia a mera función útil y servil, pudo pensarse que Alfonso Reyes encontraría en ellas la justificación y la ampliación de sus conatos teóricos y hasta de su temperamento. No fué así: interesado hondamente en ellas, como sus amigos, resistió mejor que otros a la fascinación del irracionalismo. El impulso y el instinto, en él, llaman a la razón para que ordene, encauce y conduzca a término feliz.

Como su visión artística, su confianza en la desdeñada razón lo aleja del pesimismo. La razón, educada en la persecución de la verdad, dispuesta a no descansar nunca en los sitiales del error, a no perderse entre la niebla de las ideas vagas, a precaverse contra las ficciones perversas del interés egoísta, es luz que no se apaga. Toda otra iluminación quizá más intensa, está sujeta a la desconocida voluntad de los dioses. Alfonso Reyes, poeta de emociones hondas, hombre de imaginación y de ingenio, ensayista cuya libertad llega a vestir las apariencias del capricho arbitrario, es el reverso del improvisador sin brújula y del extravagante sin norma: predica— y ejemplifica, — para su patria, la fidelidad a la única luz firme, aunque modesta. Debajo de sus complejidades y sus fantasías, sus digresiones y sus elipsis, se descubre al devoto de la noción justa, de la orientación clara, de la "razón y la idea, maestras en el torbellino de todas las cosas subconscientes".

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Cartas cruzadas entre el Gral. Sandino y Froylán Turcios

Tegucigalpa, 19 de noviembre de 1927.

Mi querido García Monge:

Ruégole reproducirme en su importantísimo **Repertorio**, *esas dos cartas que le incluyo.*

....

Fraternalmente le abraza

FROYLÁN TURCIOS

El Chipote, 24 de septiembre de 1927.

A Froylán Turcios.

Tegucigalpa.

Estimado amigo:

Puede estar usted seguro—y queda autorizado para hacerlo saber a Centro América, a la intelectualidad, a los obreros y artesanos y a la raza indohispana—que no depondré mi actitud hasta no arrojar de mi patria a los invasores.

Esté usted persuadido de que su pluma ha vibrado en el corazón de mi valiente ejército, así como en el mío, pues claramente deja usted reflejado su amor a la Patria. Por lo mismo sírvase aceptar nuestro fraternal agradecimiento.

Al mismo tiempo hacémosle presente nuestra condolencia por la muerte de su hermana y rogamos a Dios de todo corazón fortifique su espíritu y le dé resignación en tan acerbo dolor.

Nadie mejor que usted puede ser el fiel representante de nuestros sagrados derechos para defender la soberanía nacional, interpretados por su sano intelecto y por su grande amor a su tierra y a su raza, lo cual deja aquilatado al defendernos con todo el entusiasmo y virilidad de su pluma. La gloria en que está usted colocado nadie podrá arrebatársela porque sus enseñanzas de amor a la patria, expuestas en su verbo, fructifican en el corazón de la actual juventud, ávida de libertad e independencia. ¡Qué coincidencia! Antes de que usted me conociera por mi actitud e ideas, yo sentía predilección y afecto por usted, pues me entusiasmaba todo lo que su pluma escribía. Me sentía todo un hombre. Cuando llegue a esta edad estaba fortalecido por sus enseñanzas y quiero consolidarlas en la conciencia nacional con la sangre de los piratas invasores; sirviendo esta lección a la juventud centroamericana, como el prólogo libertario del débil contra el fuerte, y probar al mundo civilizado que el derecho de los débiles es más sagrado que el del poderoso y si éste por su soberbia lo desconoce debe sellarse con sangre tal violación para castigar su osadía.

Me comprometo con usted personalmente, por mi honor militar, en el sentido de que mi actitud no afectará en nada la estabilidad del gobierno de Honduras, ni los de las demás hermanas repúblicas, pues mis actos sólo se ajustan a defender, con el decoro propio de mi raza, la soberanía de mi patria.

En tal concepto, no autorizo ni autorizaré a ningún jefe o soldado para que incursione en territorio hondureño.

Mi aspiración es rechazar con dignidad y altivez toda imposición en mi país de los asesinos de pueblos débiles, a quienes haré comprender que ha de costarles caro su delito, pues no hay ningún derecho que justifique su intromisión en nuestra política interna.

Estoy en vísperas de un sangriento combate contra los conquistadores y traidores. Nicaragua no debe ser patrimonio de imperialistas y traidores y por ello lucharé mientras palpite mi corazón. Y si por azar del destino perdiere todo mi ejército, que no lo creo, quede usted entendido, mi estimado amigo, que en mi arsenal de guerra conservo cien quintales de dinami-

ta, que encenderé con mi propia mano; y el estruendo de este cataclismo se oirá a cuatrocientos kilómetros; y quienes lo escuchen serán testigos de que Sandino ha muerto; pero que no permitió que manos criminales de traidores e invasores profanaran sus despojos. Y sólo Dios omnipotente y los patriotas de corazón sabrán juzgar su obra.

Acepte mis agradecimientos, en nombre de mi ejército y en el mío propio, que desde el baluarte de los defensores del decoro nacional le enviamos de todo corazón.

Un saludo fraterno de su amigo.

PATRIA Y LIBERTAD

A. C. Sandino

Tegucigalpa, 11 de octubre de 1927.

Señor General don Augusto César Sandino.
El Chipote.

Querido amigo Sandino:

Muy gratas sus cartas del 20 y 24 de septiembre último, que me fueron entregadas por persona de mi estimación y de mi afecto a pesar del escaso tiempo que tengo de conocerla. Este es un hombre, humilde y honrado y un sincero patriota, cualidades que para mí valen más que las mayores riquezas y que los más vastos talentos.

Me apresuro a expresarle mi gratitud por sus cordiales frases relativas a la muerte de mi hermana, mi verdadera madre, mejor dicho, y mi compañera de letras y de luchas cívicas. Estoy convaleciendo del terrible pesar que sufrí con su pérdida.

Como Ud. habrá visto por el paquete de *Ariel* que le envié, he abierto activa campaña en su favor en las páginas de mi revista. En Honduras únicamente se oye mi voz proclamando su heroísmo; pero resuena en toda la República y en toda la América.

Llevada por la Fama, eco de su magnífica protesta, su acción vibra ya en el mundo.

¿Qué le diré de su actitud? Que es hermosísima, *y que si la sostiene hasta vencer o morir*, su gloria se alzará en los tiempos más grande que la de Morazán. Este invicto guerrero luchó por reunir los jirones de su Patria. Ud. combate por su soberanía, que es lo *esencial y básico;* lo demás es secundario. Morazán murió por la Unión; Ud. morirá por la Libertad.

En la posición extraordinaria en que Ud. se ha colocado sólo le quedan dos caminos: arrojar a balazos de Nicaragua al pirata desvergonzado o perecer en la contienda.

Si Ud. logra sostenerse seis meses más frente a los conquistadores y traidores, quizás la soberanía de Centro América se habrá salvado; porque un poderoso movimiento de conciencia universal se está operando, y tan tremenda fuerza moral obligará al imperialismo a retirar sus tropas de ese país. Dentro de los mismos Estados Unidos hay más de trescientos periódicos exigiendo al Gobierno que ordene la desocupación de Nicaragua; y esta generosa exigencia, que interpreta los deseos del pueblo norteamericano, llegará al Senado en sus próximas sesiones.

Está Ud., pues, siendo el blanco del mundo entero. El nombre de Sandino resuena en los corazones de los patriotas de todos los países.

Yo le ayudaré eficazmente a que en Centro America, a pesar de la hostilidad de los gobiernos y de ciertas masas abyectas, sea conocida su actitud hasta en la última aldea.

Mis campaña de tantos lustros contra el yankee opresor; todos mis arduos trabajos por la completa soberanía de nuestras cinco repúblicas, encuentran hoy en Ud. una concreción potente, luminosa y resonante. Ud. pone en práctica, con la más valiente acción libertaria. mis más altos ideales de honor y patriotismo.

Me dice que desde muy joven sentía predilección y afecto por mí, y que está fortalecido por mis enseñanzas. Pues yo me considero orgulloso de Ud., y le envío con mi más noble entusiasmo, mi cariño y mi admiración.

Que Dios le ayude en su brillante campaña, transcendental para la Justicia y el Derecho.

Saludo, con ardiente simpatía, a su valeroso ejército. El constituye La Legión Sagrada y sus triunfos pasarán a la Historia.

Le abraza fraternalmente.

PATRIA Y LIBERTAD

Froylán Turcios

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Rafael Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta*	3.00
Guillermo Jiménez: *La de los ojos oblicuos*	2.50
Apuleyo: *La metamorfosis o El asno de Oro*	2.00
Pedro Calamandrei: *Demasiados abogados*	4.75
R. Saleilles: *La posesión de bienes muebles*	10.00
J. Stuart Mill: *Autobiografía*	1.50
Sarmiento: *Educación popular*	4.00
A. Messer: *La filosofía moderna. Del Renacimiento a Kant*	3.50
Jaime Torres Bodet: *Margarita de niebla*	3.00
Alberdi: *Las Bases*	4.00
Sarmiento: *Recuerdos de Provincia*	4.00

Señas de escritores

Nuevas listas

Don Martín Luis Guzmán
Castelló 44, duplicado
Madrid.—ESPAÑA

Srta. Mariblanca Sabas Alomá
Neptuno 350 bajo
Habana.—CUBA

Doña Magda Portal
Apartado 1524
México, D. F.—MEXICO

Don Rafael Cardona
Av. Jalisco 259. A.
México. D. F.—MEXICO

Don Salomón de la Selva
1709 Park Ave.
New York City.—U. S. A.

Don J. Natalicio González
Brasil 138
Asunción.—PARAGUAY

Césare Laurenti.—*Áspero camino*



La madre

(Se habla en la Cámara Francesa de un proyecto de ley para la incineración de los muertos en el campo mismo de batalla).

Yo he dado un hijo, la madre dijo;
para la Patria yo he dado un hijo,
pero su tumba no la dí, no!
Si el héroe homérico fué incinerado
la pira griega no ha despojado
de sus bellezas a aquel dolor

que en vez del hondo vacío triste,
donde ni un halo de luz existe,
encuentra la urna que, con amor,
estrechar pueden amantes brazos
mientras la pena con sus zarpazos
abre las fuentes de un corazón.

Yo he dado el joven hombro afanoso
que fué almohada de mi reposo
y aquella frente donde mi afán
puso sus besos, pero no he dado
el apartado sitio sagrado
de su sepulcro para llorar;

que bajo un sauce guardar quisiera
al que por la honra de su bandera
en los combates la muerte halló.
Si me faltara su blanca losa
¿qué hacer, Dios mío, con la anhelosa
fuerza sin base de mi oración?

Ah! si es preciso, mi pensamiento
entre los raudos giros del viento
a todas horas irá a rogar
sobre la inmensa tumba dispersa
que en la lejana llanura adversa
manos maternas no enjoyarán.

Pero yo quiero vivir segura
de que por pago de mi amargura
al fin sus huesos me entregarán;
yo no he podido lavar su herida,
ni su mortaja por mí cosida
su amado cuerpo cubriendo está.

Mis labios faltan a la costumbre
de besar, llenos de pesadumbre,
el sitio mismo del ataúd
donde su dulce faz armoniosa
que era como una fragante rosa
mi beso espera, beso de luz.

Cuando se entrega cuanto yo he dado
sin una queja, justo es que el Hado
—como a otra Madre, la de Jesús—
le otorgue al menos el doloroso
don de, abrazando su cuerpo hermoso,
tomar al hijo muerto en la cruz.

Ay, yo no he dado mi sufrimiento!
Mañana, cuando termine el cruento
luchar, de Francia por el confín,
—atravesando toda la Gloria—
como una trágica sombra ilusoria,
yo iré a buscarlo. Lo traeré al fin!

¡Yo, que su cuarto cuidé...! Es horrible
pensar que luego se hace imposible
saber en dónde duerme el que fue
luz en mis sombras; no, yo no he dado
el apartado rincón sagrado
donde mi lloro vierta por él.

Si no mañana ¿qué le diría
--cuando en la eterna mansión sombría--
mi compañero, con queda voz,
me preguntara: «¿Por qué a mi vera
no siento al hijo gallardo que era
sabroso fruto de nuestro amor?».

Yo no he entregado la verja enana
que enmarca el sitio donde mañana
la prometida vendrá a traer
las mustias flores de su querella
bajo la lumbre de alguna estrella,
cabe la sombra de algún ciprés...!

Cada Noviembre, ¿cómo es que ignore
qué árbol amigo lo cubre de oro?
¿cómo pudiera yo renunciar
a aquellos días de los difuntos
que serán todos mis días?, juntos
sobre su tumba nos hallarán...

Yo he dado a mi hijo, la Madre dijo;
para la Patria yo he dado un hijo,
pero su tumba no la dí, no...!
quiero estrecharla con mis abrazos
mientras la pena con sus zarpazos
hace pedazos mi corazón.....!

EDMOND ROSTAND

1919.

(Tradujeron e interpretaron:
José María Zeledón B.
y *Viriato Figueredo Lora.*)

Nocturno

HERMANA la noche.

Cesa la vibración del sol, y tras el atardecer, negro reposo.

Noche, hermana del descanso, compañera del sueño, imitación del perpetuo dormir.

Ver menos, es vivir menos, y por ello, reposo.

Y suave vida nocturna, cuando humildemente a la noche, de plata satura la luna.

Al ver desde la tierra obscura el cielo agitado de estrellas, sentimos sin comprender esa ley de vida en que vamos arrastrados y en que nuestras rebeliones son, apenas, la claridad de una noche clara.

Hermana la noche, que nos tributa reposo, precursora del sueño y anunciadora de la otra luz, tal vez vida suave como el claro de una noche de luz...

MAX JIMÉNEZ

Bibliografía titular

Los libros y folletos recibidos en la semana

Donación de los autores:

DR. JUAN ANTIGA (San Miguel 130-B. Habana. Cuba).—*Escritos políticos y sociales* I. Madrid. 1927.

CARLOS MASSINI CORREAS (Larrea 1196. Buenos Aires. Rep. Argentina).—*Desde que nace el amor hasta que muere.* Soc. de Publicaciones EL INCA. Buenos Aires. 1927.

T. NAVARRO TOMÁS (Universidad de Puerto Rico. Río Piedras. Puerto Rico). *Compendio de Ortología española.* Para la enseñanza de la pronunciación normal en relación con las diferencias dialectales. Prólogo de R. Menéndez Pidal. Madrid. Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.) 1927.

ARMANDO CASCELLA (Envío del Editor Gleizer: Triunvirato 537. Buenos Aires 1927).-*La tierra de los papagayos.* M. Gleizer. Buenos Aires. 1927.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

El insoluble problema del intelectual

=De *1927*. La Habana=

El intelectual es un ente antibiológico. Diríamos mejor, antivital, si no fuera moda novísima vestir de uniforme científico la carne literaria. El *problema del intelectual*—cuadratura de un círculo inasible—es, pues, insoluble.

En la pugna viejísima entre el subsistir y el superarse, el intelectual concede al *primum vivere* atención subalterna, pero el *primum vivere* —venganza casi lógica— le corta, un poco todos los días, sus alas de superación.

Si la trayectoria vital no es más, en esencia, que una riña tumultuaria para adueñarse de las más oportunas fórmulas de satisfacción de necesidades primarias —revestidas de gratos oropeles adjetivos— convengamos en que toca al intelectual, en ese combate, que es la vida, un puesto de escasísima gallardía. Su reino no es el de este mundo. El caso de Chocano y el de Vallenilla Lanz, son de clarísima explicación biológica: el que, en un campo de batalla, se sabe ineficaz. aunque de superiores posibilidades que el soldado que avanza por imperativo troglodítico, busca, por primario impulso, la indemnidad ansiada, junto al Jefe que, con mando momentáneo, le pone a cubierto de menesteres bélicos inadecuados. Los que, en otros meridianos, entran en la batalla con explicable desgano, pero atentos a la mirada del que rige, para pedir, en la ocasión primera, una retirada temporal del campo de operaciones.—! Oh las comisiones ambiguas y los Congresos inútiles y además internacionales!—¿no obedecen, aunque en grado distinto, a la misma fatalidad biológica?

Como hasta hoy, las necesidades no se sacian con materia gris, sino con materia dorada, como falta a esa peregrina entelequia del intelectual, el medio hábil de adquisición, y no puede subistir sin adquirir, está condenado, inapelablemente —si quiere rebelarse a su fatalidad biológica— a emplear su mano de semidiós en la roturación de una tierra eternamente ingrata, porque no es la suya. Este duro ostracismo, este lacerante dolor de proscripción, ha descubierto, al hombre capaz de empeños intelectuales, un camino de transacción: el profesionalismo. Por esta encrucijada — en cuyos altibajos se deja tanta piel sensible— puede asistirse al combate, en calidad de "asesor civil", de auxiliar precioso de *los que pueden*, rescatando un poco de la esencial aptitud. El profesionalismo es una puerta de escape para quien "tenga algo que decir", para quien se sienta fuera de su tierra y por lo tanto, infeliz, como reza el certero cantar del pueblo. Para una gran masa, para quien quiere embadurnar su genuina acomodación al medio vital, con el aparejo de un exequatur universitario y alucinar, con esta vestimenta doctoral, al poderoso de turno, es el profesionalismo adecuada y salvadora vía. Solución para el que no sea intelectual, sino inteligente (*intelligens*) para el que entienda.

Si la inadaptación total del intelectual fuese secuela de una organización capitalista, pongamos por organización desdichada, podría dársele, en esta cuestión delicada, algún papel a la esperanza. Ha de quedar este socorrido y grato lugar común fuera de nuestra órbita. La formidable revolución rusa, inspirada por un propósito de renovación integral y por un altísimo deseo de vida mejor, no ha resuelto, no podrá resolver nunca, el problema del poeta y del filósofo. No cabe detenerse, en en el ataque sistemático que se produjo contra estos raros entes improductivos a raíz de la gran revolución, aunque estudiado este estado de ánimo colectivo, podrían derivarse hondas enseñanzas y curiosos datos a favor nuestro. Pero, en puridad, fué un movimiento de primaria aversión contra los que, débiles en la lucha cuotidiana, apoyaron regímenes inhumanos, dieron a organizaciones caducas la necesaria brillantez externa, se mantuvieron alejados del dolor de los más y justificaron, con elegantes y peregrinos equilibrios, las posturas más injustificables. La "contrarreacción" advertida más tarde, sobre una base sectaria: división de los intelectuales en partidarios y enemigos del credo comunista, organización semioficial de esta distinción, pero sin acallamiento real de la desconfianza latente, es otro dato para declarar al fenómeno político y por lo mismo transitorio. Corriente apasionada de carácter colectivo, no fué quizás la persecución postrevolucionaria del intelectual ruso, más que agudización — provocada por circunstancias especialísimas—del contenido rencor del pueblo, por quienes, ubicados en predios ajenos, compran la hospitalidad provechosa, con la diaria promesa de una sutil defensa de los derechos del dueño.

Terminado el período post-revolucionario; no resuelta, sino transformada el ansia de mutaciones esencialmente humanas que vela en el almario de la gente rusa, el intelectual no tendrá, ni el desprecio violento que aún hoy le persigue (terrible verso de Block!), ni la connotación política de su obra. Habrá vuelto a su difícil, a su permanente posición. El medio puede modificarse, pero la incomprensión esencial nunca.

¿Cuál será, ante ese muro infranqueable, el partido del hombre de letras o del hombre de ciencia? Cuando se reacciona contra un imperativo biológico, cuando se va decididamente contra él, estamos ya en el camino del máximo dolor, que es el que sabe posible su acabamiento con un cambio simple de postura. Dos grandes poetas —de distinta grandeza humana—han señalado los caminos.

Fué Rubén el que dijo:

Poned ante ese mal y ese recelo
una soberbia insinuación de brisa
y una tranquilidad de mar y cielo...

y nuestro Martí, ante la advertencia fraterna que le recuerda el destino lamentable de quien se dispone a fatigar un mundo siempre extraño, abraza *la estrella que alumbra y mata*. Ninguna solución. Dos caminos en la noche.

JUAN MARINELLO



Enrique Gómez Carrillo

París, 1926.

El autobus *AL* nos deja en la Madeleine. Enseguida continuamos a pie hasta la rue de Castellane. Toño Salazar—dibujante guatemalteco—me habla con entusiasmo de Gómez Carrillo.

—¿Es verdad—le pregunto—la historia de los viajes al Oriente? En América se desconfía un poco de la verosimilitud de estas peregrinaciones. Cosa que me parece un fenómeno natural. La vida de Gómez Carrillo superabunda en romance. Y el público siempre se siente inclinado a tomar por falso todo exceso de aventuras.

—Ya lo verá usted.—Es un hombre muy simpático, muy cordial. Respecto de sus viajes yo conservo varias cartas que me escribío del Japón. Y también las cuentas del hotel en Tokio que me regaló al volver del Oriente.

—¿Canceladas?

Toño Salazar se ríe

***

Empezamos a subir escaleras. Las escaleras de las grandes casas de apartamentos en París tienen un caracter particular. No se parecen a las escaleras de las casas de otras ciudades. En Nueva York, por ejemplo, se puede decir que las escaleras casi ya no existen. O que se construyen todavía en los edificios solamente por rutina. El ascensor ha reemplazado a todos los otros medios de locomoción vertical. Pero aún en el caso de edificios viejos las escaleras están llenas a todas horas de ruidos y de luces. En cambio las escaleras de las casas de París se las encuentra casi siempre desiertas y son por lo general muelles, silenciosas, acogedoras y sombrías.

***

Toño Salazar golpea. Gómez Carrillo sale a la puerta.

—Maestro—le dice haciendo lugar para que yo pase primero—. Armando Zegrí, de quien le he hablado otras veces...

Nos estrechamos las manos. El primer cuarto es pequeño y está lleno de escaparates con libros. Enseguida pasamos a la sala de trabajo, tapizada de rojo, y cubierta de retratos, pinturas, cojines, y libros. Especialmente libros: sobre y bajo las mesas, cerca de las ventanas y encima de las sillas. Yo me levanto para examinar las paredes. Entre otras cosas recuerdo las fotografías de Raquel Meller, un retrato de Gabriel D'Annunzio con la siguiente dedicatoria: *A. E. Gomez Carrillo hommage de ma melancolie.* Y una pintura al óleo de Therese Wilms Montt hecha por Romero de Torres, con una inscripción que dice: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes.*

Toño Salazar habla de México. Enseguida conversamos de la Argentina y de Chile. Gómez Carrillo se levanta y vuelve con tres vasos y una botella de jerez. En realidad está bien conservado y produce una impresión general de juventud, a pesar de sus cabellos grises, de su actitud cansada y de las líneas un poco duras de su rostro.

—¿Y a qué hora trabaja usted de preferencia?

—En la mañana, siempre en la mañana.

—¿Pero se levanta usted temprano?

—Sí. Entre ocho y nueve.

—¿Y se acuesta?

—Generalmente a las diez.

—¿Y su leyenda de bohemio y de noctámbulo?

—Usted lo ha dicho: pura leyenda. No salgo casi nunca de noche. Pero sucede que en ciertas determinadas ocasiones uno se junta con amigos, va a los cafés, a los cabarets, se exhibe, bebe y hasta se emborracha. Pasa otro largo período de vida retirada. Y de nuevo, por razones de otros compromisos, vuelve a repetir la gira por los restaurants, los teatros y los cabarets. Después, la gente que lo ve a uno rara vez, pero siempre tarde, dice: —Gómez Carrillo vive solamente de noche y borracho.

—¿Trabaja usted ahora mucho?

—Sí, bastante. Tengo contratos con *La Razón* de Buenos Aires y el *A. B. C.* de Madrid, lo que me supone alrededor de veinte artículos al mes. Acabo de volver de Marruecos.

—¿Le gusta el Africa?

—Sí, Marruecos. Es un clima delicioso. Se parece a Andalucía.

—¿Y prepara usted otros libros?

—Tengo verdadero interés en escribir uno que se llamará *Viaje a Montparnasse*. En las primeras páginas pienso decir poco mas o menos: "Después de haber rodado el mundo he hecho últimamente un viaje a Montparnasse y he descubierto que éste es, en realidad, un país bien extraño". Y a propósito, agrega dirigiéndose a Salazar, estuve la otra noche a verlos a ustedes en el *Dome*. Y no pude encontrarlos.

—Extraño, maestro. Siempre vamos a la hora del aperitivo. Y generalmente después de comida.

—Entonces tendremos que juntarnos una tarde para ir juntos.

—Cuando usted guste, maestro.

—¿Es otro proyecto—pregunto—de trasnochadas y bebidas?.

Gómez Carrillo sonríe y estira la mano para alcanzar la botella del jerez. Hablamos enseguida de los Estados Unidos, nuevamente de México y por último de mujeres. Las mujeres!...¿Pero no son acaso las mujeres las que le dan todo el caracter a su personalidad? En su prosa hay un rumor permanente de faldas. ¿Y el ritmo de sus frases no sugiere casi siempre un dibujo caprichoso y sensual de curvas?

—Maestro, le dice Toño Salazar cada vez que le dirige la palabra.

Y en realidad ejerció, y probablemente todavía ejerce magisterio...Con E. Gómez Carrillo la juventud de América tiene una deuda de inquietud. A los veinte años nadie mejor que él supo hablarnos de París, del Oriente y de lo que para nosotros entonces era Lo Desconocido. Su lirismo estaba más cerca de nosotros y sus aventuras resumían nuestras ambiciones. Gómez Carrillo el bohemio, el duelista, el vagabundo...Tipo muy de la América Latina, especie de mariposa de los trópicos que una noche emigró a París para quedarse allá el resto de la vida dando vuelta en torno a las grandes luces de los boulevares.

***

En un rincón, colgada de la pared, hay una mascarilla en yeso de Jean Moreas. Y más abajo una fotografía.

—Tomada en París después del duelo con Charles Maurras—me dice Toño Salazar acercándose también a la fotografía.—Mientras curan a Maurras.

—¿Pero cuántas veces se ha batido usted en su vida?—le pregunto a Gómez Carrillo.

—No sé, muchas.

—En total ¿veinte o treinta duelos?

—No tantos. Es mejor decir alrededor de diez y ocho. Casi todos a espada. Unicamente dos a pistola. En el año que viví en Bueno Aires me batí tres veces.

—De manera que, con la pluma y con el sable...

Sonríe. Preparándonos para irnos bebemos otro sorbo de jerez. Van a ser las siete. En la calle, tranquila hasta hace un momento, se oye el ruido de una bocina. Debe ser el automóvil de Gómez Carrillo. Salimos juntos hasta la puerta, con la promesa de volver a conversar en las tardes: Gómez Carrillo está siempre en casa a las cinco, después de las horas de oficina.

—¿Oficina?

—Sí—responde Toño Salazar—es viceconsul de la Argentina, en París.

Y yo pienso en los artistas de antaño con los pantalones rotos y en este otro bohemio que tiene coche propio y una casa de verano en Niza. Después bajamos al Metropolitano para ir, como de costumbre, a sentarnos en la terraza de *Le Dôme*, frente a una copa de aperitivo.

Armando Zegrí

Noticia.—Este interesante artículo nos lo remitió el Sr. Zegrí desde Nueva York, el 9 de agosto de 1927.—Gómez Carrillo murió el 29 de noviembre pasado.

La retórica del futuro

=En torno a los *Ejercicios* de *Benjamín Jarnés*=

Cuando hemos llegado a formular la idea: arrojar el cofre de los símbolos y los ficheros, es porque ya nos sentimos saturados de suficiencia sobre la extensión que nos ha tocado recorrer, y ensayamos la plena posesión sin ayuda de prismáticos ni de andamiajes. Queremos ser gran señor de nuestros propios dominios, recorrerlos por nuestra cuenta, y aun cuando pasemos a los ajenos,—cosa que haremos con frecuencia,— abrazar de la primera ojeada el cómputo de las excelencias y de las fustraciones, sin andar siempre a cuestas con la pesada caja de los instrumentos. Pero esta decisión requiere grande heroísmo cuando ha sido honestamente fundada; del mismo modo que puede ser, y con frecuencia lo es, un vacuo gesto de audacia.

Para que una tal eliminación fuera eficaz, debiera ser por grados: empezaríamos primero —las primeras lecturas recaen generalmente en libros abundantes de ramplonería,—echando a un lado la trivialidad, cambiándola poco a poco por granos auténticos. Y de eliminación en eliminación nos hallaríamos al final con un buen rimero de preceptos, que al cabo terminarían por agobiarnos, como mandamientos que a su vez deben ser renovados.

Entonces es cuando se nos ocurre cambiar de casillero todos los conceptos de las cosas, aun con peligro de que no nos entendimos a nosotros mismos. Hasta que, como sucede siempre—gusto de los vencimientos— un día aquello nos parece ser lo propio y familiar A fuerza de movernos entre cuadros cubistas, como aconsejaba Bernard Shaw a los filisteos, venimos a cogerle gusto al cubismo, de tal modo que despues no toleraremos otra cosa.

Lo nuevo va precisándose más indeleblemente cada vez: se tejen contactos entre las más disímiles manifestaciones y surjen después los conceptos que lo encuadran. Espíritus ordenadores empiezan a precisarlos, y llegamos al umbral de la nueva retórica.

═

No hace muchos días que el Suplemento del *Diario de la Marina* publicó una crónica sobre Jarnés, que enviaba "Desde la Puerta del Sol" nuestro estimado don Rafael Suárez Solís. Allí adquirimos nuevas noticias sobre el autor y apreciamos el proceso eliminatorio que lo ha llevado—finalmente —a la literatura. Leyendo ahora estos *Ejercicios* nos damos cuenta del proceso silencioso y largo—eliminatorio también —que culmina en lo que pronto y unánimemente todos han reconocido: Jarnés es un prosista perfecto, que se presenta desde el primer momento haciendo obra acabada.

Jarnés se preparaba para su vocación definitiva, meditando al margen de sus lecturas, primero, y de su propia producción, después. Para estos ejercicios cualquiera lectura sería provechosa, aun la del libro de ideas mínimas y ropaje ampuloso, "libros que no provocan un solo comentario, porque, aún los más lejanos y difusos ya están allí, como enormes nimbos retóricos en torno al guijarro hundido y perdido en el cauce". Y este ejercitarse constante explica por qué en cada ensayo suyo hemos encontrado una casi desesperante exactitud: el triunfo sobre la resistencia de la palabra, para llegar al resplandor de la idea.

Nos gusta pensar que en este aprendizaje solitario no hubieron primeros pasos, para burlar al biógrafo de mañana, que no podrá venir a presentarnos después sus ensayos de principiante. Nos ha llegado ya completo, como surgió la mitológica Atenea,—podríamos añadir.— No ha tenido siquiera el gesto romántico de echar al fuego, o mejor al agua del estanque—"Pira es tanto como altar. Es mejor el agua"— los primeros manuscritos, porque sólo escribió la cuartilla cuando pudo salir pulida y acabada, que no se percibiera el temblor del trazo. ¿Y qué vamos a decir ahora de la vocación?

Quien en el aislamiento ha ido adiestrándose en la disciplina del escritor, necesariamente ha de haber llenado innúmeros cuadernos de observaciones y notas. De esos cuadernos han quedado aparte las notas que fueron surgiendo en un principio como reglas de propio método y aprendizaje. Ahora se publican en un libro breve que se leerá siempre con provecho. Y como su autor aplica de modo relevante las propias normas extraídas poco a poco, estamos en un raro caso en que se ha practicado con el ejemplo. Pensamos que estos ejercicios podrían tener un título ambicioso, como *Manual del perfecto escritor*. Pero ahora tenemos la manía inversa: ponemos títulos modestos donde antes nos gustaba usarlos excesivos.

Si Jarnés tuviera vocación para convertirse en autor dogmático, podría acometer con seguridad de acierto la *Retórica del futuro*, una retórica inversa de la que conocimos, con definiciones encantadoras:

Ironía: algo que suelen escribir al margen de un texto, quienes no saben escribir el texto.

Ironía: primor intelectual, negación de genialidad.

Tiene la palabra un valor de moneda viva que desaparece rodando. No vale hacerla retroceder. . Ya se acuñarán otras nuevas, más resplandecientes.

El hiperbaton es un modo infantil de musicalizar el período.

La armonía no es fruto del azar, que sólo produce simetría.

Simetría: refugio de la armonía fracasada.

La retórica solía venir cubierta con una bella máscara: el virtuosismo. El virtuoso *literario pretende hacer de la prosa una cadena de fáciles primores.*



Benjamín Jarnés

Página preleminar del tomito *Ejercicios* (¹)

Cae a tierra el grano rubio, mientras el viento mece y esparce las briznas de paja amarilla, desdeñada. Y todos los granos, envidiosos, quisieran también piruetear sobre las palmas del viento. Pero sólo unos pocos se deciden a lanzarse a la risueña aventura. Sólo unos pocos tejerán, a la orilla de las eras, un felpullido verde para que duerman en él las margaritas. Por esta locura de los granitos impacientes se vestirá el sendero de fino plumón, y, al verano, de espiguillas generosas. Otros granitos rubios se dispersarán por los nidos del contorno, para ser banquete de pájaros recién nacidos.

Me gusta ver al margen de las eras estos granitos locos, envidiosos de las briznas de paja, glorificados por el sol. Tienden su cunita fresca para que allí se enrosquen los gusanillos, para que los ojos del viajero reposen en la tierna seda verde tejida por la gozosa aventura.

(¹) Cuaderno Nº 16 de los *Cuadernos Literarios*, editados por La Lectura de Madrid; bajo la dirección de Enrique Díaz Canedo.

Hay gran diferencia entre el proscenio y la pista. Arte de proscenio es arte de proyecciones, de enfoques, de bambalinas. Arte de dos dimensiones. En el arte de proscenio, unas tiras de papel pintado pueden dar al ingenuo la emoción de un bosque. El escenario puede fiarlo todo a un plano.

Arte de pista es arte de irradiación, de limpieza y desnudez de músculos auténticos. Arte de tres dimensiones, de innumerables perfiles. La luz, que en el proscenio podría ser para algún ser raquítico túnica encantada, en la pista es un verdugo que lo desnuda todo, implacablemente.

Pero convengamos en que esta retórica, que aconseja la lentitud del esfuerzo, la supresión de las resonancias inútiles, la espiral que conduce al brillo de la estrella, la supresión—por lo menos in mentis —del estado llano de los lectores para llegar al estilo singular, al *individuo-escritor*; que propone el escrutinio de la propia obra para limpiarla de productos de bazar, y siempre, y más y más, la limitación creadora y la lentitud, no tendría una entusiasta aceptación. Las retóricas antiguas daban al menos la ilusión de que rumiadas unas cuantas formulas—figuras de dicción— ya se podía ser un escritor bastante completo, o un orador repleto de materias inflamables, o un autor dramático capaz de hacer llorar a los espectadores al final de una escena en que se ha dispuesto cuidadosamente el elemento patético. La retórica del futuro, en cambio, vendría a destruír muchas ilusiones, y cabría el peligro de que las buenas gentes, en un ataque de desesperación final, hicieran un auto de fe con todos los ejemplares a la mano. Se salvarían sólo unos pocos, y esos en las bibliotecas de aquellos escritores que precisamente menos los necesitaban, porque por pura intuición habían llegado a idéntico lugar.

Pero lo mejor es que se trate sólo de unos ejercicios breves, para fijar bien unos cuantos conceptos imprescindibles. Y aun ejercicios sin objeto, por el gusto de cazar ideas escurridizas y servirlas en vasijas nuevas y transparentes. Porque hay aquí, naturalmente, mucho más que un intento de preceptiva: hay ejercicios de belleza, de definición y hasta de aplicaciones prácticas. Así el concepto *arte de pista* lo lleva a sugerencias de tiro que dan siempre en el blanco,— en este caso **Ramón**, *monstruo de mil pupilas*. Y hay ideas, siempre ideas, porque un solitario que llega a la literatura por eliminación y por disciplina, necesariamente ha de ser un pensador.

Digamos, por último, que esta literatura ha alcanzado un gran sentido de reposo. Pero reposo no significa anquilosamiento, ni excluye el ejercicio. Antes bien, ejercicio y reposo se complementan. "Entre frase y frase, dar alguna vez un ágil salto, aunque la cadena lógica sufra el peligro de quebrarse.»

Félix Lisazo

(*1927*. La Habana)

U...C...S...A...Y...A

(Unión Centro Sud Americana y Antillana)

Ave. F. I. Madero 1 Desp. 51. México, D. F.

México, D. F., 5 de octubre de 1927.

Leo S. Rowe, Director General de la Unión Panamericana, Wáshington, D. C.

El cable nos anuncia que el Presidente Coolidge, ha decidido ir a La Habana a echar un discurso ante los Representantes de las Naciones Americanas, en la Sexta Conferencia Pan-Americana, para "reiterar que Norte América no es imperialista, que procede de buena fe y que carece de propósitos de conquista".

En el concepto de la **Ucsaya**, este viaje es completamente inútil, y sólo servirá para comprobarnos, una vez más, que los Estados Unidos no desperdician ocasión para tratar de engañarnos. Estamos cansados de oir bellas frases y protestas de amistad que nunca se cumplen. Lo que necesitamos son hechos.

Que el Presidente Coolidge, sin salir de Wáshington, ordene a las compañías petroleras que respeten la legislación, que se ha dictado México en uso de su soberanía; que retire los marinos de Nicaragua y Haití, así como la Comisión que mantiene en Santo Domingo; que reconozca la independencia de Puerto Rico; que derogue la Enmienda Platt y que reconozca a Panamá los derechos que le asisten sobre la zona del Canal, y no necesita de ir a La Habana...

Según dicen los cables, tal determinación del Presidente obedece a la disminución del comercio, que la actitud asumida por su gobierno contra los pueblos de la América Latina, ha ocasionado.

Hace apenas dos meses que, contestando indirectamente el Presidente Coolidge un cablegrama de la **Ucsaya**, en el que protestábamos contra las matanzas de patriotas nicaragüenses por el ejército invasor estadounidense, y en el que le manifestábamos nuestro agradecimiento por la cooperación que nos prestaba para convencer a nuestros pueblos de la urgencia de extender e intensificar el boycot continental a las exportaciones de Norte América, decía: "Nosotros no tememos el boycot, que tanto se menciona, porque muchas veces lo han anunciado, y nunca lo han practicado.»

Pero los hechos se han encargado de probarle que no impunemente se tratan de violar los derechos de los pueblos, por creerse más fuertes, y por complacer a un grupo de usureros sin conciencia, y que el boycot, aunque lentamente, va ganando cada día mayor terreno. Realidad ésta que se apresura a contrarrestar con un torrente de bellas frases y de halagüeñas promesas, dejando en pie todas las violaciones cometidas hasta hoy por el imperialismo.

No llegamos a comprender cómo el Presidente Coolidge, sin dar ninguna prueba de su sinceridad, pueda pretender inspirar la más ligera confianza a nuestra América.

Mientras estén vigentes *los casos* que nos han obligado a asumir nuestra actitud defensiva, absteniéndonos en cuanto nos sea posible de continuar siendo tributarios de los que constantemente amenazan y violan nuestros derechos, debemos intensificar nuestra defensa sin dejarnos adormecer por halagos, que no tienen otra finalidad que la de podernos dominar mejor.

Si es verdad que el Presidente Coolidge procede de buena fe, que haga efectivas sus promesas, y entonces, sin necesidad de más discursos, la América Latina extenderá con toda sinceridad la mano de hermana a la que pretende hasta hoy ser su dueña.

En espera de su contestación, quedo de Ud. atento S. S.

Unión o Muerte

El Presidente,

Carlos León

Dos brindis bajo el sol de México

(De la prensa de México)

Profesor García (1): No creo equivocarme al decir que su presencia entre nosotros tiene una doble significación, la de la amistad, que establece el conocimiento mutuo y el vínculo social, y la del compañerismo dentro del ideal común, que estrecha el nexo en las filas y nos hace hermanos en la prueba de nuestras convicciones y el cumplimiento imperturbable de nuestros deberes con el porvenir.

El mundo está en ascuas! y lo mismo que en los días trágicos del Cristo golpeando con su parábola vidente la conciencia de la Humanidad, el hombre de hoy abre los ojos y levanta el alma hacia los destinos de una vida más justa y más digna de las leyes de Dios.

Asociemos los caudales anónimos del mérito humilde y la modesta virtud del montón a los tesoros de la idea y de la heredad bien habida, y rota la crueldad de la avaricia y de los privilegios infundados, que baje y se reparta entre los hombres la misma promesa de bienandanza y el mismo destello sonreído en la luz del Sol.

En cada uno de nosotros palpita un pedazo de la patria grande, nuestra América, y el corazón entero de la patria nativa ahogado en las ansias de una nueva gloria y de un nuevo Tabor. El Calvario se hace largo. Juntemos los pedazos dispersos, México el más noble, arriba, en la franja más ancha del pendón fraterno tendido sin rencores a todos los vientos, a todas las razas, como un signo viril de concordia y perfeccionamiento universal.

Yo admiro y amo a México. Amo y admiro a este pueblo con desinterés. Vine aquí a vender perfumes y sedas; de mi frente han caído unas gotas de sudor. Y tanto ha sido el hechizo de este Valle de rememoraciones estupendas, que no he podido hallar la puerta por donde entré. Deseo irme, debo irme y nunca me voy, y ahora que he tenido la dulce complacencia y el alto honor de estrechar en las mías las muy nobles manos de la señorita Esperanza Velázquez Bringas el conflicto de mi voluntad será mayor y mayor mi resistencia para salir de aquí. Me resisto a salir de aquí, Señorita, porque su patria es tan vigorosa y tan valiente que los que no tenemos tierra donde poner el pie, entre Ustedes nos erguimos como movidos adentro, en la entraña dolorida, por las épicas vibraciones de un toque a la carga no sé si para que nos maten por ineptos o para obligarnos a vencer. Desgraciadamente todo es obra de nuestra fantasía y el toque redentor pronto se apaga para darle cabida al pavor de los hechos, al pavor de nuestra desgracia y de la impotencia de Ustedes para servirnos más que con una bella y generosa hospitalidad.

Señora Chávez: En nombre de mis compañeros y en mí propio nombre le doy las gracias por su colaboración en la titánica empresa de preparar en el país de las enchiladas un sancocho de mi tierra con todo el sabor guaiquerí que es el sabor de mi tribu, de la tribu que me besó en la cuna, templó mi juventud en las faenas del trabajo y me marcó en el pecho el tatuaje de los que arrastran las cadenas del oprobio y juran a muerte vengar un día la injusticia de su esclavitud.

Señores: para todos ustedes mi aprecio más distinguido y mi ingenua palabra de amistad.

Señores (2):

Los que hemos perdido el calor de la patria nativa bien estamos en México, la patria providente, la patria de todos!

Yo soy venezolano, pero soy también mejicano. Soy mejicano porque aquí no hay prejuicios ni mezquindades para los que llegan con el corazón limpio de culpas, ni hay fronteras para la Causa de la Libertad. Y si me dieran a escoger la muerte combatiendo por algún pueblo, después de Venezuela, moriría por México, baluarte el más erguido, centinela avizor en lo más alto de nuestras cordilleras.

La Revolución mejicana ha penetrado el alma de la América, y su empuje férvido rompe el dique de los egoísmos absurdos y de los cálculos individualistas, de un pueblo a otro del Continente, desde este Valle fabuloso de Guautemoc hasta las tierras invictas de Sarmiento y Necochea. Y el estrépito generoso de tanto noble impulso y tanta bizarría no puede quedar sin eco. Todos responderemos. Unos hoy, otros mañana, al toque de generala de la vibración fraterna. Venezuela también. Venezuela fue la primera en los sacrificios libertarios del aborigen, la primera en la gloria y la más fecunda en el heroísmo y la más pródiga en el holocausto cuando Hispano América fué esclava de las cadenas feudales y la sangre de los venezolanos debía teñir de purpura la jornada triunfal que en 1810 abrió el paso orillando el solar de Guaicaipuro y no tuvo sosiego hasta 1824 en las cargas de Ayacucho, la batalla de los Dioses, el poema de la pericia y el denuedo, escrito a paso de vencedores en la llanura olímpica!

Señores: El sol de Venezuela se eclipsó un día, un día que parece eterno! También el sol omnipotente tiene un día que no alumbra. Es el día en que la sombra se abraza al cuerpo ígneo para lanzarlo al espacio más nítido y más fúlgido, como si la sombra fuera en estos casos el Pañuelo de Dios...! Aguardemos un poco. El sol de Venezuela volverá a alumbrar. La sombra que circunda el alero patrio es la sombra engendradora de los Azules infinitos, de los Horizontes diáfanos, es el Pañuelo de Dios.

PEDRO ELÍAS ARISTEGUIETA

(1) Jefe del Partido Socialista del Sureste.
(2) Para algunos amigos mejicanos.

Bala

En la silueta que firma Rubén Coto, en el número anterior, corríjase: *razo*, raso; *atraza*, atrasa; *ensamché*, esmanché; y alguna otra errata menos notable.

Mi Mensaje a la Juventud

V.—*Véanse las entregas* **1, 3, 8** *y* **20** *del tomo en curso.*

Preparémosles cuerpos a las futuras almas.—Seamos agricultores de la fracción humana a que pertenecemos. Acordémonos, para serlo, de aquel viejecito centenario que, sin pensar en la cosecha propia, ponía la misma diligencia, porque pensaba en la que habrían de recoger sus nietos. Y, para ser lógicos, hay que empezar por alistar el cuerpo de la siembra, adaptar la tierra que va a prestar vientre al cultivo. Neutralizar los tóxicos, avivar los sumandos favorables, cortar las malezas, arrebañar los basureros, pasar a tiempo las purificaciones de la llama, limpiar los instrumentos para la gran orquesta fecundadora de la vida.

Pues, en nuestra labor de agricultura humana, habremos de alistar previamente, en cuanto sea posible, el cuerpo de la Raza. Primero, la lucha brazo a brazo con las taras que vician los troncos ya nacidos. Pero no basta eso. Después, hay que ir más lejos, hasta las fuentes del engendro y de la concepción. Pensemos en los padres alcohólicos, tuberculosos, sifilítico, insánicos o degenerados, que no puedes producir en sus génesis, sino engendros viciados, apoltronados por la fobia de la acción, sujetos por la fatalidad del crimen, implacablemente destinados a los rezagos del espíritu. Ya esos padres no son sino costras humanas a que se adhieren todas las degeneraciones. Con ellos, no es tarea ni siquiera digna de intentarse la de purificar la lacra atávica, la de torcer el curso de esas depravaciones automáticas, que con dinámica ancestral despeñan nuestro sér, ni menos la de sustituir todo eso por un estado de conciencia contrario.

Síntesis educativa: preparación de cuerpos y educación de facultades.—No me cansaré de deciros: instruir es nada, si no es para aplicar. Debemos conjugar en la mente el verbo *comprender*; pero es para conjugar en los actos después el verbo *hacer*. La ciencia sin la acción es como una gordura sin vigor: hinchazón nada más. El alma no es pizarra inmóvil en que se apuntan datos: es llama activa que es preciso encender dentro de un horno, el corazón.

Cuando el cuerpo de la Raza esté puro hasta lo posible, y el alma de la Raza haya sido inoculada de moralidad y de carácter por la educación de la infancia y de la juventud, podremos entonces gritar: «¡Tierra!», y podremos decir con santo orgullo que hemos creado nuestra patria.

Lo primero, conocerse.—Falta en nuestra juventud el hábito del auto-análisis. No estamos acostumbrados a hacer en nuestras almas esa saludable auscultación de defectos que, llevándonos al conocimiento de los morbos, nos lleva al propio tiempo a la atinada aplicación del remedio. Ulcera oculta daña más. Por eso ante nuestros ojos aparecemos intachables. Placentero concepto que se afirma con cierto falso orgullo de fidalgos, muy atávico, que nos pone crespos ante la más inofensiva indicación de defectos.

Sobre ese mal retoñan otros.

Como la raza se halla enferma, los gobiernos, que parte de ella son, obran generalmente a torcidas; y como a nuestras lacras se suma nuestro orgullo; como vivimos empinados sobre nuestras virtudes, tenemos el prurito de achacar a los gobiernos el malestar que del conjunto procede. No hay vidrio que se rompa de cuya fractura no haya de ser culpable el Gobierno. El crimen que se comete, el viento que sopla, la crisis económica, la peste, el rayo, todo cuanto en forma de plaga pública o particular se haga sentir en nuestras tierras, se apunta a cargo en la teneduría del Gobierno De tal manera nuestras llagas, eso que Taine calificara de escrófulas hereditarias, tienen muy pocas esperanzas de alivio. Porque nuestros tumores sólo son perceptibles por nosotros cuando ellos aparecen en agena epidermis. Divisamos los defectos, pero en quienes gobiernan, que por su misma altura se hallan en mayor evidencia, y precisamente cuando nosotros no somos parte de esa determinada corporación gubernativa.

Y como todo mal resulta ser del Gobierno, siempre nos hallamos ansiosos de cambiar, como si el cambiar de lecho fuera cambiar de enfermedad. Pedimos hombres nuevos, sin comprender que de nada nos sirve modificar los frascos dejando intactos los venenos. Por eso, tales hombres nuevos envejecen en cuanto nacen a la vida pública: porque ya venían viejos. Porque son cuerpos jóvenes con vicios ancianos e iniciativas valetudinarias. Lo que habemos menester es *bondad*; en vez de *novedad*. Y a los hombres buenos es preciso crearlos, a fin de que, naciendo orgánicamente virtuosos, practiquen y no declamen la honradez, y ya no sean de esos que encaramados sobre la tribuna práctica de la corrupción viven lanzando peroraciones teóricas sobre la virtud.

Todos resultamos Catones cuando el mal se evidencia en los demás. Y es preciso que los jóvenes sepan que todo Gobierno es un efecto preciso de su pueblo; que las tiranías nacen, como los hongos malos, sobre los pueblos putrefactos; y que es mejor que denostar a los gobiernos sembrar virtudes en los ciudadanos.

El odio al efecto es poco fértil. Vale más el cuidado de purificar las causas. El efecto maligno es efímero; el hábito de bien es permanente. Un mal gobierno obstruye, pero pasa. La virtud adquirida construye y se mantiene.

Nosotros, de almas poltronas y malicias activas, somos el fiel producto de una sola enfermedad racial. Patalógicas encarnaciones de una misma dolencia crónica. Surgen hombres, y son siempre los mismos, porque es la misma la raza generadora. Nacemos nuevos de años, pero viejos de vicios. Diversos en edad, pero los mismos en errores. Por eso, no ataquemos sistemáticamente a los que mandan, en un eterno roer improductivo; y comprendamos que ellos no son sino el fruto lógico de nuestro lamentable estado moral. Si, cuando llegamos al Gobierno, es raro que no sigamos la corriente, es porque no somos otra cosa que el exacto producto de un general estado crónico. En vez de maldecir del vaso de agua, limpiemos la fuente de donde procede. Ataquemos al tirano futuro atacando nuestro defecto presente.

No, el mal no nace sólo en los gobiernos, sino en todos nosotros. El remedio es

transformarnos todos. El récipe no está en cambiar de formas, ni en sustituir unos partidos por otros, que es como cambiar de vaso conservando la hiel, sino en hacernos nuevos, automatizando nuestros hechos con su repetición, educando la mente juvenil en un trajín de pensar propio, el corazón en un verdadero amor de patria, y la voluntad en el hábito inflexible de traducir en actos los dictados de cada inteligencia y los impulsos de cada corazón. No olvidar aquel decir de Amiel: "Las instituciones no valen más que lo que valga el hombre que las aplica".

Hombres buenos, no leyes nuevas.— Acuciados por el malestar, cuyo origen desconocemos, vivimos pidiendo nuevas leyes. ¿No habéis sentido alguna vez ese terrible mal de mar, que enfría en nuestra frente el sudor y nos hace anticipar las angustias de una cruel agonía? Cuando el mareo se apodera de un hombre, éste se divorcia de todo cuanto le rodea, atribuyendo a cada cosa el hondo malestar que le aqueja. La puerta que se cierra, el rechinar de un gozne, el toque de llamada al almuerzo, el oficial que pasa, el hombre que habla inglés, la mujer que se ríe, todo lo que es forma, sonido, movimiento, todo cuanto percibimos en esa hora mortal, es para nosotros causa de abominación, porque lo identificamos con nuestro sufrimiento. Que no hable ése, que no pase aquél, que se calle ese piano...Nos inmaginamos que, sin aquello, vamos a estar mejor. Y pasa aquello, y la pena subsiste; porque la pena no anda fuera, sino que con nosotros la llevamos. Así, nosotros, semejantes al infeliz mareado, pedimos leyes nuevas, por suponer, como él, que suprimiendo lo existente, van a dar fin los desaciertos, sin comprender que el mal va con nosotros.

¿Para qué leyes nuevas?

Hay que seguir el aforismo antiguo de no hacer leyes nuevas para el pueblo, sino pueblos nuevos para las leyes. Leyes buenas con hombres de prácticas torcidas, son como perfumes sobre fetideces. El perfume no perfuma lo hediondo: es lo hediondo lo que hace fétido al perfume. Pensemos, además, en que la ley escrita es como malla que se rompe al peso de nuestras pasiones y al filo de nuestras argucias. La verdadera ley, la armónica, la que equilibria todo, no hay que dictarla ni pedirla. Viene sin que la llamen, como la luz del Sol, en el momento de nacer el día. Sólo que, como la luz del Sol, únicamente nos da colores de iris cuando hemos conseguido convertirnos en prismas.

SANTIAGO ARGÜELLO

Seis canciones

Cancionero romántico

(Para *Repertorio Americano*)

Cuánto tiempo me paso sin verte,
alma blanca de blanca ilusión!
Lo mejor es que vengas a verme,
a verme y a verte
y a verme de nuevo el corazón.

Alzo el canto y te miro, te miro
tan cerquita de mi corazón,
que hasta a veces te lanzo un suspiro
y, me siento y me miro
como tú, que soy sólo ilusión.

Ay, amor! cuánto diera por verte,
alma blanca que fué mi pasión!
Por sentirte y amarte y tenerte
como cuando era dulce la suerte
de tenerte como una ilusión.

Ven a verme y a verte
y a verme de nuevo el corazón.

***

Cantarcillo mío, qué dulce vas
mojando las tierras resecas
que se pusieron secas
de tanto esperar!
Cantarcito, mojando las tierras,
qué dulce vas!

Riega con agua, con miel,
la triste hacienda afligida,
que me da, que te da vida,
y que además es tan fiel.
Riégala con la más bendecida,
que es dulce como la miel.

Miel para las tierras secas
por donde vas!
Miel para las tierras yermas
que prefieren esperar!

***

Todos claman contra aquella bella,
yo quiero más bien ir hacia ella!
Bella como bella la llaman todos
de todos modos,
quiero ir hacia ella!

Y aunque todos la codicien
por imposible,
quiero, Dios mío, ir hacia ella.
Que no por bella, por buena,
el alma se me llena
porque la descuella!

Quiero, oh, Señor, ir hacia ella.
Que no por bella,
por buena!
...Todos claman contra aquella bella!

***

Como que alzando los ojos la ví,
ya todos me dicen que yo la insulté.
Como no la he insultado, ya sé
cómo alzando los ojos la ví.

***

Dejado he, Padre mío,
los amores de ayer y de hoy,
sólo por ver la mañanita
que viendo estoy.
Dejado he, Padre mío,
los amores de ayer y de hoy.

En el prado renacen, Padre,
las tiernas yemas hoy.
Los montes parece que arden,
viéndolos estoy.
Por verte dejé, oh Padre,
amores y pesares.

Aquí moriré esperando
la mañanita de hoy.
Las nubes parece que arden,
viéndolas estoy.
Todo por verte, Padre!
Viéndolo estoy.

***

Oh Dios mío, dejarte he mejor,
pues que así es el amor!
Los que digan de mí,
es porque ignoran de Ti!

Era dulce en la infancia soñar,
y tenerte aquí.
Alzar las velas, playas dejar,
irse a lo propio... mal hice así!
Los que digan de mí,
que ignoren de Ti!

Si así es el amor!
Así es el amor por aquí!
Era dulce en la infancia soñar.
Ahora sólo es sufrir!
Oh, Dios mío, dejarte he mejor!
Así es el amor!
Así es el amor por aquí!
Tú eres grande, Señor,
y es mejor no te olvides de mí!

RAFAEL ESTRADA

San José, Costa Rica. 1927.

El *Canal* de Tacna y Arica

=De *La Nación*. Santiago de Chile=

CHILE necesita guardar Tacna y Arica por razones semejantes a las que asisten a Estados Unidos para reservarse la Zona del Canal de Panamá o la ruta interoceánica de Nicaragua.

Tacna y Arica son, respecto de Chile, la "Zona del Canal" entre Bolivia y el Mar Pacífico.

Sin Tacna y Arica, digámoslo claro alguna vez, caeríamos poco a poco a segundo rango, porque perderíamos el control de ese "Canal" que es la principal vía respiratoria de Bolivia. Estados Unidos, sin Panamá, estaría a merced del Japón o de Inglaterra.

Si no se hubiese pactado el artículo III del Tratado de Ancón, en 1883, habríamos tenido que exigirlo posteriormente, en cualquiera época, bajo términos más perentorios, por el mismo motivo que Teodoro Roosevelt segregó Panamá de Colombia y se reservó la Zona del Canal, o con la misma lógica empleada por el Presidente Coolidge para asegurarse el futuro canal de Nicaragua.

Así es el darwinismo internacional. En todo esto hay una ley científica que los sentimentalismos no pueden torcer y a la cual debe ajustarse el derecho.

Existe, sin embargo, una diferencia especialísima a favor de nuestro caso y es que, al no guardar nosotros la posesión y dominio de Tacna y Arica, el desequilibrio de poderes en contra de Chile era inmediato, pues el Perú habría especulado sin miramientos de ninguna especie con el territorio, para impedir que Bolivia consintiese en la tardía paz de 1904. La resistencia de Bolivia a firmar el Tratado de Paz definitivo hubiera significado irremisiblemente una nueva guerra contra los aliados de 1879.

Ningún chileno sensato puede ignorar que nuestro dominio legal sobre Antofagasta lo debemos al hecho de que en 1904 disponíamos de Tacna y Arica para ofrecer compensaciones adecuadas. De otro modo, ese dominio de tan formidable importancia no derivaría del Tratado Gutiérrez-Bello, sino de una segunda guerra, cien veces más peligrosa y aleatoria que la anterior, porque en el período de mi hipótesis afrontábamos también otras complicaciones internacionales de mucho riesgo.

Fué, por lo tanto, providencial que las partes no llegaran a un acuerdo plebiscitario en 1894, al expirar el plazo del artículo III del Tratado de Ancón, ni después, en las diversas negociaciones, hasta la fecha de nuestro arreglo con Bolivia. Pudo bien suceder que se hubiese concertado en aquel entonces un protocolo para celebrar el plebiscito y que éste se efectuase. Lo probable en esa época era el triunfo peruano, triunfo efímero, porque, a corto plazo, Chile, ante la suprema necesidad de firmar la paz con Bolivia, habría encontrado al Perú y Bolivia unidos en actitud desafiante, con el resultado que más arriba contemplo: la nueva guerra y la consiguiente reocupación chilena en Tacna y Arica.

En una palabra, la esterilidad de las antiguas gestiones plebiscitarias con el Perú, ha evitado una dolorosa tragedia. El Perú puede dar de ello gracias a la Providencia. Y Bolivia también, porque merced a esa esterilidad le cupo el privilegio de firmar libremente una paz honorable y compensada, sin sufrir los inconvenientes de una costosa imposición de la fuerza.

La claridad de estas palabras fluye de los hechos. No debe atribuirse esta manera de explicar los fenómenos históricos a un exceso de orgullo nacional chileno, sino a la realidad tangible. Chile no hubiera optado jamás por suicidarse, que a esto habría equivalido tolerar el estado de permanente tregua con Bolivia y la condición de sumisa obediencia a la voluntad de la Alianza enemiga.

Ahora bien, como las situaciones de la política internacional se reproducen con cierto ritmo al través de los años, los términos de nuestras relaciones con Bolivia se colocan otra vez en condiciones parecidas a las pretéritas.

Ya no se trata de obtener un Tratado de Paz ni de consolidar nuestra soberanía en Antofagasta. Se trata de fundar una duradera y trascendental inteligencia política y comercial con Bolivia, a fin de que reine entre Chile y ese país algo como el espíritu de Locarno. Para realizar esta espléndida obra hay un solo instrumento, exclusivamente uno: *nuestra soberanía en Tacna y Arica*. Si permanece en nuestras manos ese instrumento, tendremos personería para entablar negociaciones mutuamente ventajosas. Si Tacna y Arica escaparan de nuestra órbita, no sólo no tendremos personería, sino que renacerá el peligro.

Dije por esto al principio que Tacna y Arica son la "Zona del Canal", tan necesaria para Chile como las Zonas de Panamá y de Nicaragua son para los Estados Unidos.

Por ese "Canal" de Tacna y Arica tiene que correr el caudal de la buena fe, de la buena voluntad y de la armonía entre Chile y Bolivia. Cuando los bolivianos dicen *urbi et orbi* que se ahogan en las sierras mediterráneas, que su nacionalidad se deforma comprimida lejos del mar, ni nosotros ni nadie cree la intención literal de la idea, porque la materialidad del progreso boliviano es demasiado exigua para que sufra los síntomas congestionantes de una Alemania bloqueada o de una Hungría sin costas. Pero sí creemos que existen tanto el fenómeno intelectual como el fenómeno político del mediterranismo a pesar de los numerosos ferrocarriles que bajan del altiplano a las playas.

Ese estado de ánimo va alimentando un germen de inquietud que estorba las relaciones normales de pueblo a pueblo. Nosotros somos los llamados a neutralizar ese germen cuando Bolivia deponga sus ilusiones románticas y entre a vivir la vida real de este bajo mundo moderno.

Una elemental política de previsión internacional nos ordena impedir que el Perú intervenga en los destinos de Bolivia y nos indica que en esos destinos participemos nosotros. Para esto es menester que Tacna y Arica pertenezcan a Chile. Esas provincias en nuestro poder son la garantía material de la paz. En poder del Perú son la guerra.

No hablo de posible cesión de los territorios, ni de "corredores" débiles como hilos de cáñamo. La idea simbólica del "Canal" es otra cosa.

Aquellos que en Chile no entienden todavía cuál es el verdadero valor intrínseco de Tacna y Arica, mediten ahora cuál es el inmenso valor práctico que liga esos territorios al porvenir de una patria grande, fuerte y próspera.

Por las mismas razones lucha el Perú; y, al recordar esto, no olvidemos que la supresión de la guerra en el mundo es una fantástica rapsodia de ciertos juristas.

VON CAPRIVI

Violencia y liberalismo

=De *La Prensa*. San Antonio, Texas=

La carnicería política mexicana de principios de octubre ha suscitado en España, naturalmente, dos opiniones contrapuestas: la de las derechas y la de las izquierdas. La opinión derechista parece haber razonado así: «¿No es Calles un trastornador del orden social clásico, un enemigo de la propiedad, de la familia y de la Iglesia? Entonces todo lo que hace merece censura, y la merecen, más que nada, las ejecuciones en masa de que se ha valido para acabar con el grupo político que se oponía al suyo». De modo análogo la opinión izquierdista parece haberse dicho: «Calles y Obregón son revolucionarios, luchan por destruir las bases del capitalismo, y el poder católico, y los viejos moldes sociales, ¿cómo no encontrar entonces que cuanto hacen está bien, incluso la matanza, en circunstancias abominables, de sus contrincantes políticos? Todavía en la última batalla anterior a ésta, Serrano y Gómez, y Obregón y Calles, se hermanaban en un mismo esfuerzo para acabar con enemigos comunes, se abrazaban cariñosamente en un mismo impulso de ferocidad; pero nada más plausible que Calles y Obregón maten ahora a Gómez y Serrano, desde el momento en que éstos osaron apartarse de ellos y aun enfrentárseles». Y de este modo, un acontecimiento de trascendencia ampliamente humana, una serie de hechos cuyo solo relato basta para encarar a todo hombre de bien con sus nociones éticas más hondas, cae, por mero oportunismo partidarista, en la baja categoría de los argumentos favorables o desfavorables a la causa propia o ajena.

Por fortuna para la opinión derechista española, la mecánica de los sucesos—ya que no su espíritu—la ha puesto en este caso en el terreno del bien. Aunque sólo sea por hallarse del otro lado de la barricada, las derechas españolas han reprobado, más o menos explícitamente, la orgía de fusilamientos ordenada por Calles. Pero no así las izquierdas. Éstas, por el mecanismo exterior que norma las posiciones de los partidos siempre que los partidos no son capaces de librarse de sus miras más estrechas, se han sentido en el caso de justificar lo injustificable, de aplaudir lo que está pidiendo oprobio. Particularmente algunos periódicos liberales—entre ellos varios de los que más se distinguen por su simpatía hacia México, simpatía muy de agradecer—han resbalado en forma casi incomprensible, aun considerada como mero extravío de sentimientos fervorosos. Diario ha habido que dijera, hablando de los fusilamientos de México, que la política del General Calles era ampliamente liberal a la vez que enérgica; para otro, todo lo sucedido se justificaba como defensa del pueblo de México ante el doble peligro clerical y norteamericano; y así los demás. Lo cual, en el fondo, sólo prueba que en España—como en el resto del mundo—el espíritu liberal está pereciendo en el más desastroso de los naufragios. Porque no sólo han renunciado a él los españoles que niegan valientemente los beneficios de las instituciones libres y tratan, con gesto franco, de sustituirlas por otras vigiladas e intervenidas; sino que tampoco lo practican siempre, tampoco lo viven en su esencia pura—no me refiero a las eternas excepciones—los sostenedores de la otra tesis: los que predican la libertad y creen, de buena fe, estar luchando por ella.

Por nada de este mundo hubiera yo sido partidario de los generales Serrano y Gómez, ambos dócil instrumento, hasta hace no muchos meses, de los peores excesos obregonistas y callistas. A los dos, por otra parte, los conocí bastante de cerca para saber que hubieran aplicado a otros, sin el menor escrúpulo, el mismo complejo freudiano que los ha deshecho a ellos. (Y digo esto sin el menor deseo de que a Gómez, vivo aún, a lo que parece, le ocurra ningún daño serio). Porque es evidente que si Serrano y Gómez se hubieran visto en el caso de Calles y Obregón, estos últimos habrían corrido, ni más ni menos, la misma suerte que ha convertido en polvo a los otros. Tal fué siempre la ley, bárbara e inapelable—en México, con fuerza autóctona—, que dirimió las contiendas a muerte entre parcialidades incompatibles, las luchas sin cuartel por apoderarse de un botín del que ninguno de los contendientes puede gozar si no extermina al contrario. Pero estas consideraciones naturalistas sobre los más bajos aspectos de la conducta de los hombres no deben ni endurecernos el corazón ni estrecharnos el horizonte al punto de volvernos a mentalidades primitivas. Eso no. Una cosa es reconocer que Serrano y Gómez arriesgaban la vida jugando a que los mataran de acuerdo con los cánones de su propia ley—a que los mataran como ellos han matado y querido matar a otros—; y cosa muy distinta el no reprobar la carnicería una vez que se produce—sean los autores quienes fueren—, y, peor aun, el justificarla o aplaudirla en nombre de grandes ideales políticos.

Los periódicos liberales de España que no han fustigado enérgicamente a Calles por su arrebato sanguinario—arrebato es lo menos que se le puede llamar—han padecido un error tres veces lamentable: acaso no hayan mirado bien por su propio interés desde el punto de vista de la política interior española; no han servido con eficacia los nobles impulsos de su simpatía hacia México—puesto que a México no le conviene que se glorifique a gobiernos suyos que subsisten a fuerza de sangre—; y han negado su liberalismo hasta trocarlo, esperemos que transitoriamente, por esa actitud sin heroicidad y sin grandeza, muy efectiva por de pronto y muy infecunda a la larga, que consiste en querer el triunfo de las ideas propias no a través de la derrota de las ideas contrarias, sino mediante el homicidio de quienes sostienen el modo de ver opuesto. Lo cual, entre liberales, no es triunfar: es derrotarse a sí mismo.

Cierto que la humanidad contemporánea se mueve en un ambiente de acción directa, y que si eso no excusa que todos tiendan a sumarse a la actitud general, por lo menos lo explica. ¿Qué resistencia ha de oponer a la coacción brutal de quienes sólo creen en el imperio de las fuerzas físicas, el hombre cuyo papel consiste, a la inversa, en dejar campo generosamente abierto a las aspiraciones legítimas de todos? El liberal ama ante todo la libertad; y la ama por algo más que para ser libre él: la ama en sí misma—para que la libertad alcance, juntamente con él a todos los que la quieran o puedan quererla. De donde resulta que mientras el liberal, así movido, va repartiendo espíritu libre a manos llenas, la libertad de los no liberales es libertad para imponer tiranías. Entonces el liberal, por impaciencia, duda de las virtudes de su ideal como medio—aunque crea en él como fin—y cae en la flaqueza de practicar la tiranía en nombre de la libertad, de hacerse antiliberal por razones de táctica, de faltar cotidianamente a sus más íntimas convicciones para no ver disminuido el aparato ostensible de su causa. Todo ello ocioso cuando no contraproducente.

El caso de México no puede ofrecer dudas para nadie que crea en los derechos del hombre. Con el pretexto de una sublevación militar, en proyecto más que en obra, el grupo imperante en México ha fusilado a sus enemigos políticos sin formalidad legal de ninguna especie—violando los principios más elementales del derecho y toda la Constitución del país:—fusila militares, fusila civiles. Que los hombres que proceden así se llamen revolucionarios o reaccionarios, comunistas o fascistas, el punto es indiferente. Desde cualquier bando y conforme a cualquier criterio que no nieguen las mejores calidades humanas, el hecho es igualmente reprensible y punible. ¿Se puede hacer otra cosa que reprobarlo?

MARTÍN LUIS GUZMÁN

Madrid. Octubre de 1927.

La autoridad

=Del libro *Los Egoístas* y otros cuentos.
BABEL. Buenos Aires. 1927=

La *Fortuna del Delta* llegó como a las diez de la mañana al muelle de San Fernando, después de una pesca fructuosa en la costa del Uruguay. Era una embarcación de reducidas proporciones cuya arboladura se componía de la entena de tacuara que desde la proa se alzaba en el aire, quedando sujeta por la mitad al extremo del mástil. Con ella, la barca adquiría el aspecto agresivo que da al cardenal su penacho rojo y agudo. Y como la embarcación era pequeña y sucia, aquella apariencia de hostilidad era todo lo cómico que puede serlo el aire de un pilluelo irritado.

Su dueño se llamaba Ciriaco. Era un correntino enjuto de carnes, de cara color de tierra y ojillos negros, velados por una continua cautela. Un indiecito de la frontera brasileña lo ayudaba en las sencillas maniobras de abordo.

Terminada la operación de arrollar la vela rojiza contra la entena, el indio tomó el botador para arrimar la barca al muelle, entanto que el patrón, de pie en la popa, mantenía el rumbo con la caña del timón entre los tobillos. Una última vez la larga pértiga se hundió oblicuamente en el agua y ya hubo oportunidad de echar el ancla. A la voz de mando, siguió el estrépito de los eslabones que se precipitaron al agua por encima de una de las bordas y finalmente la barca quedó quieta, bajo el oro del sol, sobre los lamparones atornasolados del agua cuya reverberación tejía en uno de los flancos de la *Fortuna* una malla temblona de reflejos.

Ciriaco bajó al sollado. Allí estaba el fruto de su pesca en montones azulencos de cuerpos planos y rígidos que despedían el olor repugnante del pescado, por fresco que sea. Más que nada, había grandes bagres, de piel floja y lisa semejante a una gamuza plomiza y esbeltos pejerreyes que tenían la boca rajada y sangrienta por la premura con que fué retirado el anzuelo.

Ciriaco se disponía ya a clasificar el pescado, cuando de pronto oyó en cubierta un diálogo que lo interesó vivamente.

Un marinero de la prefectura había venido a informarse respecto al cargamento de la barca y decía al indio que se encontraba en cubierta:

—¿Q'tráin?

—Pescao.

—¿Y la caña, ande la esconden?

—Nao tem caninha. Nao sou contrabandista.

El marinero replicó con languidez criolla:

—No has de trair. Conozco yo estos cachafaces.

El indio se sintió amoscado:

—Contrabandista vocé, cachafaz vocé e ainda mais...

Indudablemente se preparaba a hacer la alusión más rotunda de todos los idiomas, pero no pudo conseguir su propósito. De un salto el correntino estuvo a su lado y lo echó a rodar sobre la cóncava cubierta. Luego se quitó el sombrero, bajó la vista y para que el desagravio fuera completo, buen cuidado tuvo de correrse de canto hasta el sitio ocupado anteriormente por el indio; antes de contestar humildemente:

—Solo tráimos pescao. Si quiere pasar a verlo...

—Ta bien, replicó el marinero a quien no le interesaba mayormente aquella barca destartalada. Y se marchó.

Ciriaco se dirigió entonces al indio que, desde el suelo, se quejaba de un tobillo:

—Pa que siás zonzo otra vez. A la autoridá hay que acatarla. Si te dicen que ta bien, ta bien; que ta mal, ta mal nomás. Y si te dicen que fondiés en otro lao, fondiás... Pa eso es autoridá, po.

Terminada la admonición, el correntino volvió al sollado a reanudar la interrumpida tarea, seguido penosamente del indio. Empezó por echar el pescado en canastos de mimbre antes de limpiarlo y de pronto levantó del montón, por la branquia, un corpulento pejerrey. Con evidente orgullo profesional quedó mirando aquella lonja de carne sabrosa, marcada en los flancos por un galón de plata.

El correntino dijo con satisfacción:

—Es lindo de veras. Lo menos tráimos diez como éste. Caro los va a pagar el que se los lleve.

Dijo esto sin sombra de codicia, a pesar de lo cual no dejaba de haber en sus palabras un dejo de jactancia, que bien podría traducirse por amor propio de pescador y orgullo de sentirse inflexible en cuanto al precio de su mercadería.

Allá arriba, en el muelle, se oyó nuevamente la voz del marinero:

—Ah, los del *Fortuna*...

Ciriaco asomó la cabeza por la escotilla.

—El jefe que si le venden unos pejerreyes, dijo el marinero.

El correntino fijó esta vez sus ojos en las pupilas de su interlocutor y contestó sin vacilar:

—Pejerreyes no tráimos. Pescamos unos chicos y los comimos a bordo. Si quiere bagres...

—Bagres, no, replicó el marinero vivamente. Y se retiró haciendo sonar a hueco, con las botas, la tablazón del muelle.

Ciriaco, de pie en la cubierta lo mira alejarse, mientras echa atrás una pierna tanteando el terreno en busca de la escotilla. Pero no baja. Ante sí, acaba de encontrar los ojos atónitos del indio cuya imaginación hace esfuerzos heroicos para comprender aquella sucesión de actitudes tan contrarias: el respetuoso acatamiento primero, la tranquila mentira después. Todo su estupor cristaliza en esta frase silbante:

—Ora isto...

El correntino clava en él sus ojillos, donde arde lentamente la malicia. Y explica:

—A la autoridá no se le puede vender pejerreyes; hay que regalárselos. Pa eso es autoridá. Pero como también es un crimen regalar pejerreyes tan lindos, lo mejor es decirle que no hay. Pa eso es autoridá, po.

Luego, como comprende que no puede hablar mucho tiempo sin comprometerse, el correntino vuelve a su mutismo habitual, tan completo, que se diría un retazo de los vastos silencios del estuario.

Guillermo Estrella

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica